

## **Las cosas que Dios ignora de los hombres**

**Pseudónimo:** Macondo

**Categoría:** Adulto

1). El día que mi padre se fue de casa amaneció completamente nevado. La víspera, del cielo lleno de nubes gopinas se descolgaron algunos copos, muy despacio y con el desorden aparente de las melodías que se descuelgan de las cuerdas de un arpa, del teclado de una pianola; copos frágiles, suaves como lágrimas, de esos que alcanzan la tierra pero no cuajan; y no fue hasta la noche, en la oscuridad total del conticinio, cuando azotó ya sin furia la tormenta. Dirían después los insomnes que fue una tormenta mansa y creativa. A la madrugada, cuando despertamos para ir al colegio, al instituto, la nieve tenía la apariencia de una capa reciente de pintura, una sábana bordada y estirada sobre el pueblo y las sierras de alrededor, cerros de hoja caduca y piedras milenarias, condenadas a no tener vida y por lo tanto a no morir jamás.

Nadie hubiera pensado nunca que en un día tan hermoso como aquel pudiera suceder ninguna tragedia.

Si es que a la marcha de tu padre se le puede llamar tragedia.

2). Marchó sin la posibilidad de un despido. A nuestro regreso encontramos la casa en silencio, a pesar de que nada hace tanto ruido como un hogar en soledad. De las paredes, abiertas a la calle por reducidos vanos, se colaba una luz difusa, irreal; y como él, que prefería la oscuridad, mantenía siempre las ventanas cerradas, las persianas bajadas, y a nuestro regreso del horario lectivo encontrábamos la casa en penumbra, supe sin posibilidad de fallo ni ápice de duda que se había ido.

La puerta de su dormitorio, normalmente cerrada con candado, se hallaba ahora abierta; allí, en esa habitación pequeña, él, excluido del mundo, separado por vínculos rotos y difícilmente explicables de su propia familia, por una historia de desamor que merece palabras aparte; allí, decía, hizo su vida durante los últimos quince años, privándonos de su intimidad por el candado que, ahora, colgaba del cáncamo, derrotado o vencido o abandonado. En una de las mesitas de noche tenía un televisor diminuto con el que mataba las horas que duraba su irregular vigilia, y alrededor de la cama, que era el centro de todo aquel ordenado desorden, porque como no cabía ni

siquiera una silla pasaba en ella la mayor parte del día sentado, al estilo árabe, sobre sus propias piernas, amontaba su cotidianidad: la comida de diario, los periódicos semanales, algunos libros de santos, de Dios, de dioses, lo único que a él alguna vez en serio le interesó. Esa es la imagen que guardo de él, ahora con el tiempo: Un hombre solo, sentado en la cama en silencio, la cabeza apoyada sobre las manos, y sus pocas posesiones alrededor de él.

Ese día, sin embargo, todo estaba en orden: la cama perfectamente hecha, sin un solo pliegue; y de los restos de su vida solo quedaban pequeños rastros: un cuadro de la Alhambra sobre el cabecero de la cama, la cenefa de colores tristes, una toalla de manos tres veces doblada sobre sí misma en uno de los rincones. El armario, desnudo, era solo eso, un armario viejo, y no el templo de la privacidad de un hombre, como siempre había sido, lleno del olor de su perfume, agua de rosas; ahora, dentro de él solo quedaba el polvo, la evidencia de la vejez: ya no olía al hombre que lo poseía y que en él delegaba parte de su personalidad, sino solamente a madera vieja.

Se olvidó un papel en blanco en uno de los cajones de la mesita de noche. Pensé, al verlo, que era una carta de despedida; pero estaba equivocado, porque solo era eso, un simple papel en blanco. A veces creo que es mejor así, porque sobre ese papel imaginé tantas veces las palabras que, en una hipotética despedida, hubiera querido de él escuchar, de él leer; era en el fondo su silencio lo que yo necesitaba y, de hecho, su silencio lo único que él podía ofrecer.

El papel en blanco eran todas sus únicas palabras.

No tenía en el fondo nada que decir.

3). Cuando yo era niño temía que pudiera irse en cualquier momento, porque él amenazaba con su marcha constantemente. De forma inconsciente, relacionaba sus dilaciones, sus no tan infrecuentes tardanzas, su manía bien asentada de no responder casi nunca al teléfono; su forma de ser, a fin de cuentas, meditabunda, imprevisible, con tendencia a la soledad y al hermetismo, con los síntomas inequívocos de su huida o su viaje y por lo tanto de su ausencia.

Mil veces imaginé adónde habría de ir a buscarlo llegado el momento inevitable. En las fantasías de la duermevela, cuando el mundo es mitad del sueño mitad del hombre, recorría, de la mano de mis otros tres hermanos, paisajes y lugares heterogéneos en busca del padre: desiertos y tremedales, bosques y lagunas, ciudades y pueblos; y en nuestro peregrinar le dábamos la vuelta al globo, siempre

con el mismo rumbo y hacia el mismo destino, incansablemente, con tanto ahínco y perseverancia que dejábamos nuestras pisadas ya por siempre sobre la tierra; y, por imaginar, le daba forma al reencuentro, emotivo, nostálgico, como si él, en vez de huir se hubiera perdido, y lo hallábamos en un lugar sin geografías, distinto en cada evocación, abrazos, palabras amables, dónde has estado, por qué te fuiste, un te quiero, un te he echado de menos; y después el retorno, por el mismo camino y, ya en casa, el hogar que nunca lo fue, de nuevo vuelta a la costumbre: la convivencia inaguantable con la mujer a la que no ama, sus advertencias de marcha inminente, la fuga, la búsqueda, el reencuentro, la vuelta; todo en un orden cíclico repetido una y otra vez, una y otra vez, por los tiempos de los tiempos.

De tanto temerlo, de tanto soñarlo, lo puse por escrito en papeles que nadie leyó jamás y que algún día se perdieron, porque ya desde bien niño tuve la equívoca certidumbre de que la literatura puede con todas las cosas.

Pero el día que se fue no hice nada de eso.

Solamente esperarlo ya para toda la vida.

4). Solo mi madre lloró su ausencia. Nosotros, sus cuatro hijos, creíamos que aquel era solo un aviso y que, de la misma forma que se había ido, también imprevisiblemente algún día regresaría. Al salir del colegio, del instituto, albergábamos la esperanza de encontrarlo de nuevo en su habitáculo, viviendo otra vez su vida indeseable, mísera, al lado de los hijos que, como alguna vez confesó, nunca quiso tener.

Pero no, él nunca se encontraba en casa.

Siempre nos recibía el silencio.

5). Durante mucho tiempo busqué al padre que me faltaba en todas las personas que conocía. Quería dar forma de nuevo al hueco, al vacío, que nadie, sin embargo, pudo nunca llenar. Es una muesca, una ausencia.

Ser adulto es concederle más importancia al dolor que al miedo.

6). A Dios encomendaba mi padre todas sus acciones. De él, de mi padre, siempre pensé una cosa: Si no creyera en Dios, mucho tiempo atrás se hubiera suicidado. Pero él tiene la certeza absoluta de la divinidad; esa certeza ciega que no admite dudas ni discusiones. Aunque yo no puedo evitar pensar o cuestionarme qué sabrá

Dios de los hombres. En la soledad de una eternidad, en la perfección de su esencia, de sus acciones, cómo puede entender una marcha, una huida, un desamor, Él que, por ser Dios, jamás podrá enamorarse, porque el amor exige dos; que por ser perfecto no puede entender los errores, las carencias ni las ausencias; y no puede por tanto saber que, la acción mínima de una vida mínima dentro de su creación puede ser tan dañina, que la marcha de un padre rompe ya por *siempre* a sus hijos. No puede saber del dolor de estar vivo.

El misterio del ser humano es ese, el de todas las cosas que Dios ignora de los hombres.

7). Con el tiempo acabaría escribiéndole una suerte de carta que comienza con estas palabras: *Perdóname, padre, por haber nacido*. En sus páginas, que acabé tirando a la basura, le confesaba que siempre lo eché de menos, incluso cuando aún no se había ido. Le escribía que sus hijos estaban deviniendo en hombres, y que el más pequeño se parecía cada vez más a él. Que estábamos cambiando tanto. Le preguntaba que adónde va una persona cuando desaparece de pronto. Que por qué cuesta tanto un regreso. Mis palabras eran las palabras de todos sus hijos hechas carne, por así decir, en tinta y papel.

Le dije por escrito lo que nunca le dije por hablado: Que yo lo quiero.

Dónde estás, padre.

Ojalá algún día regreses.

8). Me sucede a menudo en los días de nieve.

Regreso en el tiempo a aquel día y no me muevo de la cama, esperando el momento de escuchar cómo se marcha para detenerlo.

Pronto la realidad me devuelve al presente.

Pero si imagino, por entre los caminos del horizonte, a veces veo la sombra solitaria de un hombre que se acerca.

Y el corazón me da un vuelco.